

TEXTOS DE IV NICOLE

Diferentes Capítulos del libro

ÍNDICE

1. La calamidad afina el instinto	13
2. Los muertos no saben a dónde ir	26
3. ¿Acaso no somos todos un poco demonios?	42
4. Amar luego de haber olvidado el amor	52
5. ¿Habrá nada que pueda satisfacer tanto?	64
6. A lo Oscuro por lo más oscuro	84
7. Interesa una humanidad vencida y humillada	106
8. Nacer de golpe a la Inmortalidad	136
9. Ojos que buscan y temen encontrar	159
10. Más allá del Bien se nos hace impenetrable	178
11. Aunque limitados, pueden llegar más lejos	201
12. Algo se cuarteo.	212
13. La ve, se ve a él mismo	242
14. Ver como muere el que fuiste	256
15. Necesito una mujer, no un canario que me cante	271
16. ¿Qué son los famosos milagros?	280
17. Lo contiene todo y obliga a concluir	287
18. ¿Se me vendrá el mundo abajo?	311
19. Promete, sí, pero no da	325
20. Hay silencios que atropellan	342

8. Nacer de golpe a la Inmortalidad

–Mara, tenemos que arreglar el problema de Dan.

–Si lo ha creado él, que lo arregle él. O Louise.

–Mara, cariño, Dan hubiera confiado en nosotros.

–Alfred, aquí el único que parece no saber cómo están las cosas eres tú. La Ferlinghetti está precintada por el FBI, y lo estará hasta que no se aclaren circunstancias que nunca podrán aclararse. El sistema principal de ordenadores no se encuentra operativo a raíz de que Louise se metiera con Dan en el Laboratorio a realizar no sé qué tipo de experimento, seguramente un implante biotecnológico. No lo sé con seguridad, Phil no sabe nada del asunto. Y tú, Alfred, más vale que no aparezcas demasiado porque eres el principal sospechoso de una conspiración que podría considerarse contra los intereses del Estado. De todos modos, Alfred, por ahora todo está bajo control.

Enciende un Marlboro. Con el primer humo parece recapacitar y volver a la situación que ahora impera de verdad. Por unos instantes la había olvidado, hablaba con la misma entonación rutinaria que siempre. Sonríe aliviada y mira a Alfred con satisfacción.

–Bueno, ahora más controlada que nunca. ¿Verdad?

–No sé, no sé. Habrá que ver.

–¿Sabes qué te digo, Alfred? Lo mejor será dejar a Dan donde esté. Si acaso, utilizarlo como uno de nuestros colaboradores del más allá. Dan es una persona que siempre nos será fiel, y en este momento nos necesita.

Según pudo ver Alfred al detener el Tiempo con los ojos puestos en la manera voraz con que las cintas de cuero clarito del zapato de Mara se iban encaramando al modo romano por su pierna, Dan miraba por aquí y por allá, aterrado, con los ojos desorbitados, exhaustos de tanto buscar explicaciones y no poder encontrarlas. En ausencia absoluta de cualquier argumento capaz de hacerle sentir mínimamente seguro. Un Dan completamente perdido, sin ninguna orientación sobre quién era, y dónde se encontraba. Paralizado en un bosque de espinos en cuyo interior resultaba imposible hasta el movimiento más elemental, escuchando aullar con desespero, viendo algunos pinchos subir y bajar de tono cada dos por tres como si estuvieran vivos.

–Mara, Dan no puede ayudarnos porque ha perdido la consciencia de lo ficticio, carece de ninguna realidad.

Alfred no puede evitar dejarse llevar por el recuerdo de tanto como viviera durante las experiencias en que por primera vez se le vino abajo la Ficción y quedó sumido en un grado de realidad tan deslumbrante que a duras penas pudo asimilar. Estando inmerso en ella, y menos aún después de que regresara a la Ficción.

–En la Realidad se hace impactante tanta Realidad, mientras que en la Ficción cualquier atisbo de Realidad se hace puro espejismo– se dice.

Y entiende que Mara no lo pueda comprender así porque al seguir sus pasos por el camino de retardar el Tiempo, entró en la Realidad de un modo consciente desde el primer día. Se da cuenta que una cosa es entrar en lo Real de un modo consciente y sistemático, por medio de un acto de voluntad que se decide cuando se desea y se puede, y la otra verse proyectado desde el mundo de la Ficción donde todo es apariencia y engaño, y aparecer de pronto en la Realidad donde todo existe por sí mismo con una coherencia indestructible. Inevitablemente, de lo primero que uno se sorprende al entrar en la Realidad es de no saber quién es.

Un grado de realidad que asusta, nunca mejor dicho, se dice. Asusta y desconcierta porque la Ficción podemos construirla y modificarla, pero la Realidad no. Es como es. Es. A secas.

Para Mara, Alfred ya no resultaba un desconocido a quien conocer y tener que subyugar, con el que rivalizar por alguna supremacía. No, todo lo contrario, Alfred se le había hecho muy allegado, más por compartir lo que ahora compartían que por ningún trato previo que hubieran podido tener. Compartir lo Sobrenatural une definitivamente o distancia para siempre.

Pone de manifiesto uniones existentes en otras dimensiones, sujetas a otro Tiempo, pactos sellados para acometer gestas incompletas que ha llegado el momento de coronar. Para entrar de la mano en los confines de la Inmensidad hay que caminar muy juntos, se dijo Alfred viendo volar a Mara por un espacio insondable.

Por esta razón a Mara se le hacía incluso entrañable poder aliviar la inquietud que percibía en Alfred desde que Dan se perdió camino de Santa Eulalia. Comenzaba a considerarlo alguien con quien finalizar un empeño que consideraba común y obligado. De hecho, tenía buenas razones para creerlo así, aunque esta vez Alfred tardara en dar el sí más de lo que otros acostumbran en dar síes y noes.

Además, resolver lo de Dan era un asunto muy simple. Solo era necesario entrar en la Ferlinghetti y poner en marcha los ordenadores que Alfred había traído consigo al principio, arrinconados hasta ahora al conectarse toda la compañía a la Red Principal que la propia Mara había dispuesto. No tanto por su mayor potencia, cuanto por el ánimo de controlar solapadamente cualquier movimiento que se produjera en su interior.

—Si estás donde estás, Mara, se debe a tus dotes de fabulación y a tu habilidad para seguir los indicios que se presenten— le dijo Martina una noche de insomnio.

A Alfred le sorprendió la manera distendida con que Mara saludaba a los Agentes de Seguridad en el vestíbulo, gente del FBI, pero le intrigó más la pregunta que les dirigió de un modo descuidado, con toda naturalidad.

—¿Ha venido ya Dan Teglia?

A plena noche, poco importaba a los agentes si Dan Teglia vendría o no, y por dónde entraría. A fin de cuentas, si Mara estaba al corriente para ellos resultaba suficiente, nada que les impidiera seguir con otra noche aburrida. Aquella noche, sin decirse nada, Alfred y Mara se dijeron todo acerca de cuanto sabían, y tanto como ocultaban acerca de su vida pasada. No por ello con los mismos intereses, y mucho menos con la disposición de compartirlos. La Ciencia ya había dejado de ser aquella disciplina objetiva que iba informando de un modo paulatino, a veces incierto, sobre la estructura del mundo, y de la naturaleza que lo conforma. Para los dos, la Ciencia se había convertido en algo subjetivo. A partir de entonces, lo profundo de sus consciencias se había convertido en la fuente de cualquier experimentación. Aún más, este cambio tan radical en la manera de enfocar las cosas había conllevado una transformación colosal en el objeto de su investigación. De preocupados por tratar de encajar la llave en la cerradura de una puerta que no se sabe siquiera qué mundos abrirá, al esplendor de andar asombrado por salones y aposentos, estancias y bibliotecas, bodegas y desvanes de un palacio inmenso adornado con todo lo imaginable: cuadros y alfombras, cortinas y luminarias, sillones y muebles, y más muebles.

—Espacios que individualizan y definen, capaces de explicar cosas de tu propia naturaleza y hablarte despacio de tu dignidad, de llevarte a tus orígenes y hacerte ver las razones del porqué tus pasos ascienden por una escalinata de mármol, o del porqué esta noche dormirás bajo dosel de sedas bordadas en oro, entre linos, y quizá

encajes, escuchando relojes que marcan impertérritos el paso de un tiempo que fluye más reposado. Un tiempo que habla de esencias, y por tanto te redime de todas las prisas— se dice Alfred.

¿Dónde quedaron afanes por descubrir si la Materia nace porque sí, o de algo que tenga razón suficiente para hacer las cosas tan bellas? ¿Dónde quedaron las ansias por llegar primero a descubrir el sentido de las verdaderas causas, incluso de si la humanidad tiene algún destino? ¿Dónde las vanidades y poderes que al parecernos un poco más elevados que otros ya nos parecen gigantes, hasta cercanos a lo Omnipotente?, se pregunta Alfred al pasear por aquellas estancias vacías donde un día soñó con sentarse en el trono del mundo, por aquellos pasillos vacíos cargado de un entusiasmo que le hacía volar.

Rasgar el velo de la Ilusión. Detener el Tiempo un instante. Ver más allá. Ser. Ser, y ya está. Todo cambia en un santiamén. De espectador de nada que se deje ver, a actor de una experiencia interminable. De buscar la vida y no encontrarla, a encontrarla de pronto hasta no poder abarcarla. De ir muriendo cada día un poco, a nacer de golpe a la Inmortalidad.

..... **SIGUE**